

SIXTO GARCIA
REFLEXIÓN DEL EVANGELIO
MIÉRCOLES VI DE PASCUA: JUAN 16: 12-15

TEXTO

“Mucho tengo todavía que decirles, pero ahora no pueden con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y les explicará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y se los explicará a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y se los explicará a ustedes”

CONTEXTO

1: “Ustedes no pueden con ello” – Las palabras de Jesús recogen - ¡de nuevo! – un tema clave de la incipiente eclesiología del Cuarto Evangelio: la miopía, torpeza e incompreensión de sus “frágiles discípulos” - siguiendo aquí la pista que nos da Francis Moloney. Las severas limitaciones de los discípulos, frutos de su ambición y de sus distorsionadas esperanzas mesiánicas, abundan en los cuatro evangelios (Marcos 8: 31-33; 9: 30-32; 10: 32-40 y paralelos en Mateo y Lucas; Lucas 24: 13-35, Juan 14: 6-9, y otros) – No son capaces de discernir las implicaciones pascuales de la persona y el ministerio de Jesús.

2: Jesús es, en su propia persona, la revelación total, radical, subversiva (Oscar Romero) y escatológica del Padre. La repetición rítmica de las expresiones joánicas en los vs. 13-15 indican *cómo* y *cuando* la plenitud de esta revelación tendrá lugar. Reiterando lo dicho en reflexiones anteriores, esta escena revela, de forma singular, el momento privilegiado “entre los dos tiempos” – el tiempo del Primer Paráclito, Jesús, y el tiempo del Segundo Paráclito, el Espíritu Santo.

3: El Segundo Paráclito, el Espíritu Santo, hablará (“lalesei”), y proclamará (“anangelei” – puede verse también como “declarará”) toda la verdad. Existe una tensión patente entre el deseo de Jesús de comunicare todo - ¡todo! – a sus discípulos, por un lado, y la incapacidad de los torpes discípulos de comprender el exceso rebosante de verdad que Jesús viene a revelar – la “verdad” que ES el mismo Jesús (Juan 14: 6). Por ello, es necesario que Jesús se marche al Padre: el “otro” Paráclito, el Segundo, el Espíritu de la verdad (Juan 12: 12-13), les comunicará todo lo que Jesús desea decirles (Juan 12: 16)

4: El Espíritu guiará a los discípulos (“hodegesei hymnas”) a la plenitud de la verdad. La peregrinación hacia “toda la verdad” (“en te aletheia pase”) no se ha completado, aun cuando el mismo Jesús ha permanecido con los suyos como “su vía” (Juan 14: 6: “he hodos”).

5: La Cristología del Cuarto Evangelio nos dice que ni Jesús ni el Espíritu son la última, la primaria fuente de la revelación que anhelan comunicar. Al igual que Jesús (Juan 3: 32-35; 7: 16-18; 8: 26-29, 42-43; 12: 47-50; 14: 10), el Espíritu hablará no lo suyo propio, sino lo que escucha (del Padre: vs. 13: “hosa akousei lalese”))

6: Moloney argumenta que el período del Espíritu-Paráclito pertenece a ese momento “entre-tiempos”; hay todavía eventos que “están por venir” (“ha erchomena”). El don del Espíritu no pone punto final a la narrativa; más bien apunta (Raymond Brown) a una nueva etapa, la etapa de la comunidad. La comunidad joánica vivió intensamente, más que otras comunidades, la tensión entre lo que “ya ha llegado” (escatología proleptica) y lo que “está por venir” (escatología futura)

7: Reiterando lo anterior: la misión reveladora de Jesús, descrita en la clave bíblica de la “doxa” (la gloria) de Jesús (cf. Juan 12: 43, Éxodo 19: 16-20; Juan 2: 11; 12: 23; 13: 31) proseguirá en la misión reveladora del Paráclito que tomará “todo lo que es de Jesús” y proclamará (ek tou emou lempsetai kai anangelei”) todo ello, apelando a la memoria de todo lo que Jesús le ha comunicado a sus discípulos (Juan 14: 26)

8: Pero esta declaración del Espíritu (el Paráclito) no tiene su manantial en Jesús – el Cuarto Evangelio reitera *ad nauseam* que Jesús viene del Padre y viene por tanto a decir y hacer lo que el Padre le dice (Juan 6: 36-40). Ambos, Jesús y el Paráclito son enviados del Padre (Juan 14: 16, 26; 15: 26). No solamente recibe Jesús todo lo que tiene del Padre (Juan 5: 19, 30), sino todo lo que el Padre tiene le pertenece.

9: ¡CLAVE! Aquí el evangelista quiere resaltar de nuevo la intimidad de unidad entre Jesús y el Padre, unidad que conlleva misión y amor filial (“El Padre y yo somos una sola cosa”: Juan 10: 30).

10: El Espíritu / Paráclito no viene a traer una unidad falsa y engañosa – viene más bien a traer *krisis*, “juicio”, evidenciando la tiniebla del “mundo” (NOTA. “kosmos” en el Cuarto Evangelio tiene, según el contexto, connotaciones positivas (“tanto amó Dios al mundo . . .”, etc.: Juan 3: 16)) y negativas (“No les doy mi paz

como la da el mundo”: Juan 14: 27) - ¡CLAVE! La *krisis* en sentido bíblico implica tomar posición, escoger, optar por la luz o las tinieblas, por la revelación que Jesús, y por medio de él, el Paráclito, nos hacen del Padre – del amor, justicia y compasión de la Buena Nueva, u optar, culpablemente, movidos por el miedo, la obsesión con el control y el poder, por las tinieblas que nos sumen, como a los discípulos, en el aturdimiento y la ceguera que los hacen ineptos para comprender la dimensión plena de la persona de Jesús.

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

“Fascilis descensus Avernus” (“The descent into hell is easy”) – Virgil (70-19 B.C.E.) , “Enneid”, VI. 126

“Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera” (“vocavisti et clamasti et rupisti surditatem meam . . . ” San Agustín, “Confesiones”, X. 27. 38

1: No es fácil “vivir entre los dos tiempos”, el tiempo de Jesús y el tiempo del Espíritu. El ciclo de Pascua, el Misterio Pascual de Jesús, se desliza suavemente en Pentecostés, el tiempo del Espíritu y de la comunidad escatológica convocada por el Hijo del Hombre.

2: No es fácil admitirlo, pero tenemos la misma proclividad hacia la torpeza y la obscuridad de discernimiento que los discípulos de Jesús. La Pascua de Jesús nos invita a contemplar el resplandor luminoso de la justicia, el amor y la compasión del Hijo de Dios, pero es difícil soltar amarrar, desprendernos de afectos desordenados.

3: Jesús, el mediador del Espíritu según la Cristología joánica, nos invita a mirar al Padre, aquel a quien, según Pablo (Gálatas 4: 4-6) y Romanos 8: 15) y Marcos (14: 36), Jesús se dirige como “Abba” – sin tomar partido en las disputas filológicas y exegéticas recientes sobre cuánta ternura comunica realmente este vocablo arameo, sí podemos decir, con el consenso de los eruditos, que comunica un cierto y real grado de intimidad – y es en su “doxa”, su gloria (palabra usada 19 veces en el Cuarto Evangelio – el verbo correspondiente, “doxazo”, “glorificar”, 23 veces) que Jesús nos revela la infinitud de amor del Padre.

4: Sin embargo, “doxa” (“gloria”) y “doxazo” (“glorificar”) se usan en el Cuarto Evangelio siempre en relación, directa o indirecta, con su momento Pascual. Nuestras obsesiones con el control, el poder, con el hedonismo, nos hacen a veces, como a los discípulos, ciegos al vínculo que existe entre auténtica gloria y la pascua del Crucificado y Resucitado.

5: En definitiva, los textos arriba citados de Virgilio y de San Agustín reflejan la actitud de los discípulos – cuán fácil, en verdad, es permanecer en la miopía y la sordera ante las palabras del Señor, en la ceguera que no nos permite ver el resplandor de su gloria pascual – Cuán gozoso es permitir que esa palabra “rompa nuestra sordera” y nos llame al fiel discipulado, al compromiso con los amados preferencialmente por Jesús - ¡el compromiso con las periferias!